

España: Puente europeo hacia América

Mariano Rajoy Brey

Madrid, 16 de septiembre de 2004

Queridos amigos.

Antes de comenzar quisiera agradecer a la Fundación Euroamérica la oportunidad que me ofrece de dirigirme a todos ustedes. La labor que desarrolla fomentando la cooperación entre Europa y América me parece encomiable. La experiencia y el conocimiento que cada uno de ustedes aporta sobre la materia constituyen un conjunto de activos privilegiado que hemos de saber aprovechar y potenciar.

Para alguien que siempre se ha sentido muy cómodo en su condición de europeo -y que no encuentra contradicción en ello con su deseo de construir un espacio común trasatlántico-, ver iniciativas como la suya me produce una enorme satisfacción. Por ello les agradezco muy especialmente su amable invitación.

Voy a tratar de exponerles mi visión sobre un aspecto de las relaciones entre Europa y América. Concretamente voy a hablarles del estado en el que se encuentran las relaciones entre España e Iberoamérica y como deben seguir orientándose.

Para ello voy a aprovechar la experiencia personal acumulada durante los años que he desempeñado responsabilidades de gobierno. Sobre todo porque -como convendrán conmigo-, el papel jugado por Iberoamérica en el conjunto de la política exterior española diseñada por los gobiernos del Partido Popular, ha sido fundamental.

Cuando se habla de la relación trasatlántica entre Europa y América se olvida muchas veces que esa relación es triangular. Europa este unida estratégicamente a Norteamérica, pero también a América Latina, correspondiendo a la península ibérica el papel de engarce privilegiado con el ámbito iberoamericano del continente.

Precisamente de este engarce o, si prefieren por utilizar la palabra que este en el título de la conferencia, de este "puente" quiero hablarles ahora porque entiendo que el mismo no puede verse nunca comprometido. Estamos ante una política de Estado sobre la que no puede haber diferencias partidistas.

Basta echar un vistazo a las respectivas realidades que se levantan a ambos lados del Atlántico para comprender que entrelazadas por unos pilares que nacen de una vocación de encuentro permanente.

La historia ha trenzado nuestras respectivas identidades. Compartimos una cultura, una lengua y un modelo de civilización. Vivimos hermanados en torno a una identidad atlántica a pesar de que han existido desencuentros y momentos de ruptura.

Afortunadamente, hemos sido capaces de mitigarlos y ponerlos en perspectiva, actualizando nuestros lazos de comunidad.

Quien vea en estas palabras un ejercicio de retorica se equivoca. Nuestra comunidad es algo más que una simple palabra. Es una vivencia intensa que funciona por la retroalimentación permanente de una lealtad de doble dirección entre ambas riberas atlánticas.

Esta vivencia, sin embargo, no es univoca. Adopta una fisonomía diversa en sus contenidos: un haz de relaciones que se agrupan en torno a cuatro ejes fundamentales: cultural, económico, social e institucional.

Señoras y señores.

Si les digo que España comparte con Iberoamérica una urdimbre de sentimientos forjada al abrigo de unos lazos familiares comunes, no les descubro nada.

La fuerza expansiva de nuestra lengua hace que más de 400 millones de hispanohablantes puedan entenderse y reconocerse entre si gracias a una complicidad de vivencias culturales que nos acercan emocionalmente más que ninguna otra comunidad lingüística del planeta.

De ahí el esfuerzo que ha habido estos últimos años por articular mecanismos eficaces de cooperación entre nuestras Academias; la expansión de un Instituto Cervantes que ha puesto en marcha 40 sedes por todo el mundo; los Congresos Mundiales de la Lengua Española y los numerosos Centros Culturales abiertos a lo largo de la geografía iberoamericana.

Fruto de este empeño han sido, igualmente, los programas de formación de líderes desarrollados por la Fundación Carolina o las becas de la AECI para estudiantes iberoamericanos.

Mención aparte merece la amplia nomina de autores iberoamericanos galardonados con el Premio Cervantes o el Reina Sofía de Poesía. Este hecho, sumado a los anteriores, me permite afirmar que se ha propiciado una atmósfera cultural iberoamericana nueva, alejada de los estereotipos del pasado.

Los gobiernos del Partido Popular han estimulado un diseño ambicioso de política cultural que ha girado en torno al fomento de una "cultura en español" que ha sabido trascender la limitada base peninsular ibérica para englobar al conjunto de la comunidad cultural iberoamericana como un todo vivo, plural y extraordinariamente dinámico. Pero nos equivocaremos si tan solo destacamos los aspectos estrictamente culturales de este diseño. Y es que el fomento de la "cultura en español" no puede desgajarse de la iniciativa empresarial. Aquí, nuestras editoriales juegan un papel protagonista en este diseño estratégico.

Por otra parte, los soportes que brindan Internet y las nuevas tecnologías tienen que ser aprovechados para difundir nuestra cultura, aunque sin menoscabo de la legítima obtención de beneficios que debe animar al sector editorial. Es más, también las empresas de la comunicación deben ser implicadas eficazmente en el desarrollo de la cultura en español, estímulo que debemos suscribir los dos grandes partidos de España.

Queridos amigos.

Esta reflexión que acabo de hacer me permite engarzar lo dicho con ese segundo eje que ha dotado estos últimos años de un mayor contenido a la relación especial entre España e Iberoamérica.. me refiero al eje económico.

Por primera vez en la historia independiente de las repúblicas iberoamericanas, la distancia entre las riberas del Atlántico se ha visto acortada por la existencia de una interrelación económica de calado.

Hoy, la fluencia de nuestros intercambios económicos reviste una calidad diferente. España es en la actualidad el segundo inversor en Iberoamérica, solo por detrás de los Estados Unidos. Y lo que es más importante: somos el primer inversor de la Unión Europea.

Iberoamérica constituye actualmente -consolidada la Unión Económica y Monetaria europea- el proyecto más importante dentro del conjunto de nuestras relaciones económicas internacionales. Un proyecto que, no lo olviden, requiere enfoques duraderos y una cooperación intensa entre los agentes públicos y privados.

A diferencia de otras iniciativas inversoras extranjeras, la española se ha caracterizado por una vocación de permanencia. La situación provocada por la crisis Argentina ha sido una prueba de ello, constatándose la madurez y sensatez de nuestros inversores.

Sin duda, Iberoamérica ha contado con un triple apoyo español para encarar la difícil coyuntura atravesada recientemente:

Primero, el de las empresas, que han sabido combinar dosis de prudencia, ambición e inteligencia, apostando sin fisuras por la viabilidad económica de sus inversiones.

Segundo, el respaldo político del gobierno del Partido Popular, que defendió en los foros internacionales el compromiso que existía con Iberoamérica mediante una estrategia bilateral y multilateral.

Y tercero, la confianza que la sociedad española depositó en la oportunidad de las inversiones españolas. No olvidemos esto porque millones de familias españolas han apostado por el éxito del desarrollo de Iberoamérica con sus ahorros, respaldando a las empresas de las que son accionistas en su decisión de no abandonar la inversión que habían hecho en países tan cercanos e importantes para nosotros.

Señoras y señores.

Esta idea que acabo de apuntarles me permite destacar un dato que, en ocasiones, se pasa por alto. Me refiero a que una parte muy significativa de nuestras inversiones ha supuesto un factor de modernización y bienestar para las sociedades en las que aquellas se han localizado.

Las inversiones españolas han servido para mejorar la vida cotidiana de millones de iberoamericanos. Gracias a ellas se ha podido poner en marcha infraestructuras básicas para el progreso de las sociedades latinoamericanas. No olvidemos tampoco esto.

La iniciativa empresarial es un factor de dinamismo que favorece el desarrollo de una economía abierta, globalizada y competitiva. Pero, al mismo tiempo, asegura la provisión de servicios esenciales para la ciudadanía a través del establecimiento de una red

asistencial que hace posible que el mercado ofrezca infraestructuras, líneas de energía, comunicaciones o servicios financieros.

Nuestra inversión, por tanto, trasciende del mero beneficio inmediato para interesarse por el futuro de la economía iberoamericana. Nuestras empresas son instrumentos eficaces de generación de riqueza colectiva. Gracias a su presencia, las sociedades en las que se establecen pueden desarrollar políticas de promoción social y de redistribución de la prosperidad generada.

En este sentido, nuestra contribución a la mejora de las condiciones de vida de los países iberoamericanos es evidente. Sobre todo porque las empresas españolas que han protagonizado las inversiones son empresas eficientes y saneadas, capaces de competir a nivel global, gozando de un prestigio exterior que ha sido contrastado y acreditado en contacto, precisamente, con la realidad iberoamericana.

Además, estas empresas ya no son en sentido estricto españolas. Primero, porque se han hecho locales en los países en los que operan. Segundo, porque sus trabajadores son mayoritariamente nacionales de esos países, de modo que se ha contribuido a crear empleo estable y altamente competitivo, requisitos básicos para la modernización en el seno de un mundo globalizado. Y tercero porque una buena parte de sus accionistas son de esos países.

Cuando se habla del panorama social iberoamericano no puede dejarse de lado que todavía subsisten enormes márgenes de desigualdad, pobreza y marginalidad. Precisamente la existencia de este escenario amenaza, tanto la potencialidad de sus activos económicos, como la viabilidad de cualquier proyecto que trate de aprovecharlos y rentabilizarlos a largo plazo.

Esta realidad es un lastre que ha entorpecido la prosperidad del continente latinoamericano. Hace algunas décadas eran los españoles quienes cruzábamos el Atlántico esperando obtener una oportunidad que nos permitiera recuperar la esperanza de iniciar una nueva vida.

Hoy, el proceso se ha invertido. Son cientos de miles los iberoamericanos que han alterado el curso de esta historia y han buscado en España un futuro mejor. Este hecho es uno de los cambios más significativo que ha experimentado España estos últimos años y la importancia de la dimensión iberoamericana en nuestra inmigración es evidente.

Siempre digo que los inmigrantes han venido a España cuando ha gobernado el Partido Popular. La razón es clara: nosotros hemos hecho de España un país de oportunidades. Reivindico este activo para mi partido. Han sido las políticas económicas del Partido Popular las que han permitido que tuvieran una oportunidad profesional y personal cuando se les cerraba la puerta de la esperanza en sus propios países.

Quiero señalar que estos inmigrantes iberoamericanos han contribuido a nuestra prosperidad y han tejido un soporte -por así decirlo- de estabilidad para nuestro país ya que su integración siempre será más fácil. Compartir con la mayoría de los españoles la lengua, los valores y un modelo de vida es un factor de cohesión nacional. Los españoles nos hacemos mestizos, pero compartiendo un mismo modelo de civilización.

Al mismo tiempo, este fenómeno es un motor de desarrollo para sus países de origen gracias a las remesas que envían nuestros inmigrantes iberoamericanos. De eso sabemos algo los españoles porque practicamos esta fórmula cuando fuimos emigrantes y contribuimos al desarrollo de España con nuestras transferencias.

Por otro lado, la preocupación por la lucha contra la pobreza ha hecho que España volcase en Iberoamérica un esfuerzo de cooperación desconocido hasta los gobiernos del Partido Popular. Es cierto que el mismo ha ido más allá del continente latinoamericano, alcanzado el 0,23 por 100 de nuestro PIB, lo que representa más de 300.000 millones de pesetas al año. Pero no es menos cierto que hemos dedicado a los países iberoamericanos el 44,2 por 100 de la Ayuda Oficial al Desarrollo total.

La actual Secretaria de Estado de Cooperación ha dicho que quiere corregir las prioridades y localizarlas en África. No discuto que África sea importante. Sin embargo, tratar de salvar a este continente del hambre con la cooperación española parece más un reclamo publicitario que una propuesta seria y fiable. Y si hay que hacerlo a costa de nuestra ayuda en Iberoamérica, entonces, permítanme que les diga que además es un gravísimo error político e, incluso, histórico.

Los responsables del gobierno socialista defienden la necesidad de corregir este "efecto estadístico iberoamericano" en el que incurren algunos países latinoamericanos con renta media superior a la prevista por la OCDE cuando regula la cooperación internacional. Olvidan que aunque superan el umbral de renta para la cooperación al desarrollo, con todo, siguen alojando muy graves situaciones de pobreza y marginalidad que necesitan la cooperación activa de España.

Mantengo la esperanza de que el nuevo gobierno se dé cuenta de ello. En este grave asunto no caben iniciativas superficiales y retóricas, sino proyectos viables y sensatos en los que prime el sentido común y la responsabilidad. Iberoamérica debe seguir ocupando un lugar fundamental en la política exterior y de cooperación españolas.

Queridos amigos.

Decía Ortega que España se salió de sus goznes europeos y se hizo occidental cuando devino americana. Aquel acontecimiento que transformó nuestros respectivos continentes fue un hecho histórico de magnitud inusitada.

Creo que eso que llamamos Occidente cobró forma definitiva cuando se hizo una comunidad de valores y principios universales a partir de su raíz euroamericana. Desde entonces, generación tras generación, ha existido un flujo vital que ha hecho del Atlántico una especie de océano interior euroamericano: una comunidad que, entrado el siglo XXI, hace de la libertad, la democracia, el mercado, la defensa de los derechos humanos y del Estado de Derecho sus fundamentos.

Sobre este flujo de valores, experiencias e iniciativas humanas se ha forjado una estructura institucional que los gobiernos del Partido Popular promovieron de la mano de las

Cumbres Iberoamericanas y que, en su última reunión celebrada en Bolivia, logró materializar la creación de una Secretaría General Permanente.

Ya antes se había logrado la creación de una Secretaría de Cooperación Iberoamericana. Pero citando a Jean Monnet, las instituciones "permanecen, dan cuerpo y visibilidad". Y esta nueva institución permanente, nace con la misma vocación de continuidad sobre la que se asienta la relación iberoamericana de la que les hablo.

Fue necesario dar un nuevo impulso a la iniciativa de las Cumbres Iberoamericanas que puso en marcha Felipe González, y el gobierno de José María Aznar lo dio. Ahora le corresponde al gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero consolidar este importante paso y asegurar que la sede permanente de la Secretaría se localice en España.

Nosotros comprendimos el valor de las Cumbres y las fomentamos. Pero percibimos que necesitaban reformas que dieran mayor agilidad a los debates y, sobre todo, que produjeran resultados tangibles.

Debemos aprovechar la oportunidad que nos brinda la creación de la Secretaría General Permanente para incrementar la eficacia de las Cumbres. Aquí, debe haber, también, política de Estado. Confiemos en que la inminente Cumbre de Costa Rica haga realidad este objetivo contribuyendo al fortalecimiento de aquéllas.

También hay que subrayar el valor que tiene la cooperación bilateral y multilateral. Han sido numerosos los acuerdos desarrollados por los gobiernos del PP en estos años. No les oculto que sufrimos con particular afecto y solidaridad las lacras del terrorismo y el narcotráfico que golpean a varios países, en especial a Colombia.

La presión que padece la sociedad colombiana es brutal y desde la Unión Europea y Naciones Unidas hemos luchado para obtener la inclusión de las FARC, el ELN (Ejército de Liberación Nacional) y las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia) en el listado de grupos terroristas internacionales. También hemos logrado la aplicación de la resolución 1390 y hemos conseguido que se rompa el nexo que une el narcotráfico con la financiación del terrorismo.

Déjenme añadirle algo más sobre el terrorismo, que constituye uno de los puntos más importantes desgraciadamente de la Política Internacional. Tan solo destacar la importancia de los Acuerdos alcanzados por España en este sentido con los países iberoamericanos, y muy en especial a la colaboración prestada por México.

Señoras y Señores,

Los esfuerzos de integración regional han contado igualmente con el respaldo decidido de España y de la Unión Europea. MERCOSUR, el CAN, el Mercado Común Centroamericano —relanzado precisamente en Madrid—, han sido ejemplos de ello.

España ha sido un firme apoyo en los Acuerdos de Cuarta Generación de México y Chile con la Unión Europea -este último firmado en Madrid-. De este modo se ha subrayado un

rasgo fundamental en el desarrollo de nuevos criterios de cooperación internacional con Iberoamérica. Ahora, junto a los aspectos comerciales tradicionales ha de jugar como criterio insustituible la profundización en la democracia y el respeto de los derechos humanos.

España ha sido un firme impulsor de las relaciones de la UE con Iberoamérica. Quiero recordar que fue una iniciativa española —junto con Francia- la que puso en marcha el mecanismo de las cumbres de la UE con los países de América Latina y el Caribe. La primera en Río de Janeiro en 1999 y la segunda en Madrid, precisamente durante la Presidencia española en 2002. La última tuvo lugar hace unos meses en Guadalajara (México).

En el plano bilateral ya he mencionado los acuerdos con México y Chile. Ahora se trata de concluir un Acuerdo de Libre Comercio con MERCOSUR. Me gustaría que este otoño se alcance. Los europeos somos el primer socio comercial, el primer inversor y el primer donante en ayuda en MERCOSUR y nos interesa mucho la estabilidad y el desarrollo económico en estos países, en los que queremos aumentar nuestra presencia.

Baste citar, por último, como ejemplos de nuestro interés por Iberoamérica que en la cumbre del G-8 celebrada en Canadá en 2002, el entonces presidente de turno de la Unión Europea, José María Aznar, hizo posible que se debatiese la difícil situación que vivía Argentina.

En fin, me gustaría que nuestra relación con Iberoamérica continúe instalada en un escenario institucional liberado de tabúes.

Tenemos que consolidar esta senda, progresar en ella y no retroceder en nuestros pasos.

Queridos amigos.

La vertebración institucional de las relaciones entre España e Iberoamérica que acabo de mencionar, me permite introducir el último de los ejes que quiero comentar aquí: el político.

Uno de los datos más preocupantes que inciden sobre la consolidación de las relaciones transatlánticas entre España y los países iberoamericanos es el repunte del populismo.

Debemos ser capaces de afrontarlo y superarlo. De lo contrario el continente latinoamericano corre el riesgo de entrar en un proceso de caída libre que retrotraiga su presente a épocas pretéritas que creíamos olvidadas.

Por nuestra parte, tanto desde el Partido Popular como desde FAES estamos dispuestos a brindar todo el apoyo que sea necesario para evitar que el deterioro de la salud democrática de los partidos afines pueda verse dañado.

Creo que no hay más receta que ésta: insistir una y otra vez en el fortalecimiento institucional; en la consolidación del buen gobierno; en la defensa sin fisuras del Estado de

Derecho y en la incorporación de la mujer y de amplios sectores sociales excluidos tradicionalmente de la práctica política cotidiana. Si la democracia no la miman quienes creen en ella, entonces, no podrá sobrevivir, ni en Iberoamérica ni en ninguna otra parte.

Por eso mismo, es imprescindible que los países iberoamericanos asuman que si no se respetan los horizontes de inversión, los sistemas de precios y la estabilidad legislativa, no podrá fortalecerse la atmósfera de confianza que hace posible que las inversiones liberen todas las utilidades sociales anudadas a su presencia.

Queridos amigos

Voy terminando. Creo que hemos de conseguir que nuestra privilegiada relación que acabo de describirles, sea capaz de seguir contribuyendo a que se ahonde en la proximidad que existe entre España e Iberoamérica. Si lo logramos, nuestra relación seguirá teniendo futuro.

No olviden que la llamada cultura en español tendrá una presencia cada vez mayor en los Estados Unidos y en ese nuevo continente descubierto recientemente y que hemos bautizado como Internet.

Los bloques regionales de integración, las rondas negociadores en el seno de la OMC, los acuerdos del APPRI (Acuerdos de Promoción y Protección Recíprocas de Inversiones) y la necesaria intensificación de las relaciones comerciales entre ambas orillas del Atlántico deben marcar el protagonismo de nuestras agendas políticas.

Hemos asistido a la inversión en Iberoamérica de nuestras grandes empresas, pero el futuro verá la inversión de nuestras PYMES. Para lograrlo hace falta profundizar en la seguridad y armonización jurídicas. Primero, porque las PYMES requieren mayores dosis de confianza para actuar y tomar decisiones a largo plazo. Segundo, porque al ir de la mano de socios locales solo podrán crear una red de conexión empresarial transnacional si los países en los que se establecen evitan compartimentaciones normativas que dificulten el desarrollo de este tejido microempresarial.

Políticamente las aventuras que comprometen el bienestar de la población y la salud de la democracia y los derechos humanos deben ser erradicadas. Tenemos que contribuir a que las sociedades iberoamericanas sean más abiertas y que confíen en la capacidad de la iniciativa individual favoreciendo el aprovechamiento de todo su potencial económico y democrático.

Lo que acabo de señalarles me permite añadir que institucionalmente es imprescindible seguir estimulando el desarrollo de las Cumbres Iberoamericanas como un foro de encuentro y discusión interregional y trasatlántico.

Bastaría con continuar y profundizar la estrategia seguida en materia de cooperación con los países iberoamericanos, para que nuestra ambición de ver erradicados paulatinamente los problemas sociales que gravitan sobre esos países fuera encontrando en el futuro una respuesta responsable por nuestra parte. En este sentido, habría que seguir favoreciendo el

intercambio ente nuestras sociedades. Un intercambio de riqueza y bienestar que ayude a paliar las dificultades que siguen pesando socialmente sobre el futuro de Iberoamérica y que, sin duda, organizaciones como ésta, la Fundación Euroamérica, facilitan y estimulan.

Señoras y señores,

Déjenme decides que el interés de España en la relación con Iberoamérica debe acentuarse en la Europa de los 25 y pronto de los 27. En esta Europa ampliada ha crecido, de forma inevitable, la sensibilidad hacia los países de la Europa del Este, tales como Ucrania, Bielorrusia y ciertamente la Federación rusa. Los problemas de América Latina ya no resultan tan prioritarios para todos los países de la UE. Días atrás, en la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento Europeo, la Presidencia entrante omitió toda referencia a las relaciones de la UE. con América Latina cuando explico las prioridades de su programa.

Si a esta nueva sensibilidad de la Europa ampliada añadimos el dinamismo de las grandes economías asiáticas y su enorme capacidad de atracción, podemos comprender mejor la necesidad de los españoles de estar vigilantes para que América Latina siga siendo prioritaria en la atención de nuestros socios europeos.

Termino. España necesita de Iberoamérica e Iberomérica de España. El Atlántico que nos une y hermana tiene que seguir siendo un lugar de encuentro y comunicación. Sigamos estimulando y favoreciendo la cercanía de ambas riberas. Sigamos colmándolas de proximidad. Pero, sobre todo, evitemos – parafraseando a Octavio Paz - los laberintos de soledad recíprocos y mirémonos los unos en los otros desprovistos de prejuicios. Solo así podremos entendemos a nosotros mismos.

Muchas gracias.